Hermenegilda.

Hermenegilda,

ó

L ERROR FUNESTO,

TRAGEDIA EN 5 ACTOS.

POR A. G.

Barcelona.

RENTA DE A. BERGNES Y COMP.

CALLE DE ESCUDELLERS, N. 13.

CON LICENCIA.

1832.

DEDICATORIA

Al Sr. Juan Lombia,

MER ACTOR DE LA COMPAÑIA ESPAÑOLA.

l constituirse intérprete de los sen-
entos de los hombres clásicos de
teratura europea, es sin duda lo
digno, pero al mismo tiempo lo
difícil que puede emprenderse en
rte dramático; y esto es lo que
os querido hacer V. y yo dando
e público ilustrado esta tragedia
itable, que en su contextura es de
as artísticamente combinado que
le producir el talento humano. No
hemos llenado nuestro objeto á
o de todos nuestros espectadores;
si he de creer al resultado final

de dos representaciones consecut
y á las voces públicas que han lle
á mis oidos, me parece que pode
estar muy satisfechos de la rec
pensa que han obtenido nuestros
nes: pues si en medio del aplaus
neral hubiese V. oido los ladrido
algun don Hermógenes envidi
respóndale V. que cuando haya h
otro tanto le podrémos escucha
hasta entonces haga V. como yo,
le oigo berrear sin hacerle caso.
obra de sí misma es empero tan
blime y seductora, que quizás su
pia escelencia nos ha ahorrado la
tad del esfuerzo; pues no sé yo
en antiguos ni en modernos se pu
encontrar una progresion de situa
nes, un interés, una exaltacion
sentimientos, y por fin una catást
que mas estén en el caso de int
sar, afligir y desgarrar á tal estr
el corazon del hombre. La celebri
que de un siglo á esta parte tien

ropa esta obra clásica, traducida en
as las lenguas y puesta en todas las
enas del mundo civilizado, me
rran el encomiarla á la par de su
recimiento; y en esta su misma per-
ion estremada se encuentra la dis-
pa de haber emprendido su trasla-
v representacion en nuestro teatro,
que me parecia mengua que care-
e de una joya tan preciosa. Bien sé
de ella existen ya dos traduccio-
; pero sin ánimo de marchitar su
ito, me ha parecido que en las in-
idas versiones no se habia llenado
o corresponde toda la intencion
autor, y he tenido la osadía de
rer que esta su obra maestra apa-
ese en su ejecucion como está en-
lido por mi escasa imaginacion. El
posea bien ambos idiomas, su ín-
y sus idiotismos podrá con el
inal en la mano juzgar si lo que
he hecho es un delito ó un acier-
La mejor recompensa que quisiera

llevar de mi trabajo fuera el ver
sirviese de imitacion, para que a
reciesen en nuestra escena tantos o
milagros de talento que son en
desconocidos ó mal ejecutados y
serablemente vertidos. Perdónes
pues si tanto en esta circunstancia
mo cuando dí el Tolasco, en el
anterior, ha sido mi intencion ofre
modelos de esta parte de literatu
Pasando á la ejecucion de nuestra H
menegilda, diré que no me parece
lo que hemos hecho sea un desacier
pues V. ha visto que el público lo
recibido bien, y aun mejor el segun
dia que el primero, tanto por lo n
meroso de la concurrencia, como
su atencion y repetidos aplausos,
que prueba la bondad de la obra, q
cuanto mas se oye y entiende, m
apreciada viene á ser. Es menester co
fesar tambien que de desde nuestro i
teligentísimo Prieto pocas veces se h
bia visto en nuestro teatro una ejec

n trágica tan puntual, tan animada
bien entendida, como la que se ha
to en este caso. Todos los actores
han esmerado, de manera que pare-
n decir al público conocedor: «Ya
s que entendemos perfectamente lo
 estámos haciendo;» y así es que
corazon se goza en agradecerles los
rtos de su buena voluntad. La pro-
nista se ha escedido á sí misma; y
ánimo de postergar el mérito de
guna otra persona de su profesion,
que he visto tanto la Dachemis, la
rge, la Mante, la Mars y nuestra
riguez, soy de dictámen que hay
spaña muy pocas actrices que pue-
hacerlo con igual fuerza. Solo el
esté en el caso de penetrarse bien
a grandeza, elevacion inimitable,
nosa duracion de este papel su-
e, podrá decir si esta proposicion
es hiperbólica ó acertada. V. sin
deba sonrojarse de mis elogios, ha
do todos mis deseos y ha sorpren-

dido á muchos de sus auditores. Es
cierto que en cualquier parte que e
cute esta obra singular, el público
poco inteligente que sea sabrá reco
pensar la energía de su accion, y
bre todo el acierto con que espresa
últimos acentos de un moribundo,
es lo mas difícil de lo difícil que ti
la profesion del teatro. Quizás p
que esta representacion fuera de
efecto solo le falta suprimir la es
na 7.ª del acto tercero, á pesar de
opinion de la Harpe, y quitar algo
los últimos versos de Hermenegild
pues se ve á la prueba que ambas
sas no son muy naturales á su sit
cion. Yo en la letra no me he atre
do á hacerlo, como un pintor ado
nado no se atreve á tocar un cua
de Murillo por mas que creyese h
llar en él un defecto; pero me par
que en la representacion no hay ne
sidad de ser tan escrupuloso.

Permítame V. pues, en cambio

s apreciables esfuerzos, que le dedi-
e mi traduccion. Por este medio
seo que esté V. convencido de que
bos debemos estar ufanos de lo que
mos hecho: y ya que el público nos
recompensado con su deseada apro-
cion, redoblemos nuestro zelo y
luidad en su obsequio para pro-
le el bien que producen sus estí-
los para con los que se dedican á
virle.



Erratas.

PAG.	LIN.	DICE.	DIGA.
23	3	al	el
41	19	esta	esa
45	15	de mí	de mí :
id.	21	Amarat	Amurat

Pág. 46 *lín.* 11 *dice*

Cedo al dolor... ¡Ojalá por él muera

Diga

Cedo al dolor cruel... ¡Ojalá muera

Pág. 53 *lín.* 17 *dice* yo *diga* ya

Pág. 67 *lín.* 10 *dice* se *diga* que

Pág. 71 *lín.* 20, 21, 22 y 23 *dice*

Mi malhadada hija un caballero
Que vuelva por su honor aquí no encuentra :
Nadie se atreve á defender su causa ,
Ni siquiera un guerrero se presenta.

Diga

Nadie se atreve á defender su causa ;
Mi malhadada hija en su defensa
No mira presentarse un caballero.

Pág. 87 *lín.* 4 *dice* veia *diga* via

Pág. 93 *lín.* 17 *y* 18 *dice*

Quizá lo ignora : la pública fama
Arrastra sin querer.

Diga

Quizá lo ignora, y de la fama el eco
Le arrastró á su pesar.

Pág. 103 *lín.* 11 *dice*

Como pues huir puede Siraeusa

Diga

Como quiere negarse á Siraeusa

Pág. 105 *lín.* 12 *dice*

Mas ¿eual ora ha ser el deber nuestro?

Diga

Mas ¿eual ora ha de ser el deber nuestro?

Pág. 111 *lín.* 5 *dice*

d á sus pies, que llega ya á los mios.

Diga

d á sus pies, que él llega ya á los mios.

Pág. 111 *lín.* 8 *dice*

Mas Tulio llegar veo:

Diga

ero Tulio se aeerca:

Pág. 114 *lín.* 9 *dice*

ermenegilda, inspirada.

Diga

ermenegilda.

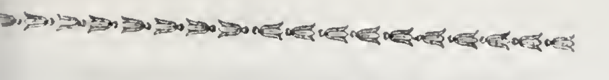


Personajes.

HERMENEGILDA : *Sra. Fanni Lafitte.*
ARMANDO : *Sr. Juan Lombia.*
OCTAVIO : *Sr. José Tormo.*
ALTAMORO : *Sr. Miguel Ibañez.*
LUCIO : *Sr. Ventura Aguado.*
CATULIO : *Sr. Antonio Benet.*
EMILIA : *Sra. Magdalena Cun.*
TULIO : *Sr. Antonio Lopez.*
Caballeros y escuderos.
Soldados y pueblo.

La escena es en Siracusa; en el primero y gundo actos en el palacio de Octavio, dentro la sala del Consejo de la misma casa; y en tres últimos en la plaza de armas.

La accion pasa en el año 1005 cuando los M ros ocupaban casi toda la Sicilia.



Hermenegilda,

ó

EL ERROR FUNESTO.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

IO, ALTAMORO, LUCIO Y LOS CABALLEROS, *en semicírculo.*

OCTAVIO.

USTRES defensores de Sicilia,
ionrando ahora mis caducas canas,
casa os dignais tratar conmigo
s males que agobian á la patria:
mas Siracusa adolorida
gemir dentro de sí encerrada;

Tiempo es ya de marchar al enemigo,
De atacar esas huestes de la Arabia,
Salvando así de una feroz tormenta
El bien solo que anhelan nuestras ansias
La independencia, que de los valientes
Será sin fin la mas preciosa causa.
Envidiosos de nuestra gloria inmensa,
Dos enemigos fieros nos amagan:
El César de Byzancio y los Sultanes
Nuestras reliquias repartirse aguardan;
Déspotas fieros, que entre sí dividen
La honra de los hierros que preparan.
Mesina gime bajo el yugo griego,
Y el audaz Amurat fiero avasalla
El fértil campo que el Etna domina,
Y Agrigento y Euá con sus comarcas.
Siracusa lloraba ya su ruina
De tales enemigos rodeada,
Mas entre sí, zelosos esos tigres
Para obtener la presa codiciada,
Con furor uno al otro se destrozan,
Ambos ansiando tan preciosa alhaja:
Armados para atarnos á su yugo,
Con su odio recíproco nos salvan.
Esta es pues la ocasion que la fortuna

rece presentar á nuestras armas :
Cielo nos protege , y fuera mengua
e un ocio indigno su favor burlara.
l Musulman ya la grandeza espira ;
s cadenas la Europa ya rechaza ;
rtel combate en Francia tenazmente ;
gran Pelayo en la afligida España ,
vando de un inicuo la torpeza ,
los Godos el trono al fin levanta ;
in Pontífice santo en Roma augusta
s enseña el camino de esta hazaña.
n sé que Siracusa dividida
n en sus facciones se anonada ;
cuerdo con dolor que nuestra sangre
e por nosotros mismos derramada :
s seamos ahora los primeros
enseñar como el rencor se acaba
ando habla la virtud. Vos , Altamoro ,
ced que nuestra union sea imitada ,
que de una amistad firme y sincera
salud brote de la dulce patria.

ALTAMORO.

Cierto es , Octavio , que nosotros mismos ,
n odio dividiendo nuestras casas ,
estado afligimos : mas ya es hora

Que le proteja nuestra union sagrada.
Zeloso del bien público, yo admito,
Señor, á vuestra hija; y desde el ara,
Donde jurar ofrezco defenderos,
Vuelo á buscar al moro en la batalla
Y vengar en su sangre vuestra afrenta.
Mas combatir al moro aquí no basta:
Otros contrarios hay que, mas astutos,
La voluntad de aquesta plebe arrastran,
Y la seducen, y por otras sendas
De nuestras leyes la virtud socavan.
¿Con que fuero ó razon los estranjeros
Siempre inquietos, amigos de mudanzas,
En nuestros ricos climas se establecen?
¿Porque Cuci, con criminosa maña,
Dejando el Sena do recibió el dia,
Viene á los campos que Aretusa baña,
Y fingiendo servirnos con su brazo
Al mando aspira y su grandeza ensalza?
Su raza, acumulando las riquezas
Y halagando del pueblo la esperanza,
Osó sobre mi casa levantarse.
Ya se halla esta afrenta reparada;
Ya de nuestras orillas, que ofendian,
Sale esta espuria casta rechazada:

n vástago queda que podria
r un dia á su baldon venganza :
ndo es este, que desde la cuna
vor de los Césares se ensaya.
ido y valiente á un tiempo mismo,
ıda anhela una feroz venganza;
estranjero, en fin, es sospechoso
ece una activa vigilancia :
ved ahora, en nuestros dias,
simples escuderos, con la espada,
los frios campos de la Nustria
se en las Apulias una patria,
otro derecho que la fuerza
ar la corona soberana.
os, Arabes, Francos y Alemanes,
contra nosotros se declaran :
y quien no apetezca codicioso
estas fértiles comarcas;
ıcusa misma pervertida
un traidor en su recinto abarca.
emos pues con mano fuerte
estra independencia la ley santa:
la ha de perder honor y vida
de nuestros contrarios no se aparta.
ıe la compasion es un escollo :

Ni al sexo ni á la edad hay que hacer
Venecia, que os da ejemplo de rigore
Debe su vida á la desconfianza;
Y si solo por ella es poderosa,
Es deber en nosotros imitarla.

LUCIO.

¡Que vergüenza, en efecto, que en
Un moro, un Amurat vea sus tramas
De tantos partidarios acogidas;
Y que en esta mansion, toda cristian
Halle quien se corrompa á sus riquezas
Uniendo á sus ataques la asechanza,
Ya con el César sus proyectos une
Al propio tiempo que á la paz nos lla
Ya cauto entre nosotros se introduce,
Y para dividirnos con mas maña
Ese sexo temible y lisonjero
Con dádivas seduce y con falacias.
Ved como ya esas artes seductoras,
Que su cuna tuvieron en Arabia,
Cautivan los espíritus ligeros
De un pueblo á quien halaga la mudan
Rechazando nosotros tal cautela,
No tengamos mas arte que la espada.
Mi valor es mi norte, y sé del vuestro

ejará la patria asegurada.
el rigor apruebo de las leyes
stra independencia acórdes salvan.
videis que un traidor solo ha podido
dazar la adolorida España,
sobran quizás entre nosotros
res dispuestos á vender su patria.
ceda á la gloria del estado,
amos al moro, y con constancia
ido proscribamos, ese Armando
que el moro contrario á nuestra causa.
enes ya por un decreto augusto
e Altamoro, paraque frustrada
na proscripcion tan absoluta
e sus amigos la esperanza:
oro es el dueño de esta herencia:
ote el Senado le señala.

CATULIO.

odos lo aprobamos: sea Armando
oso en Byzancio, y celebradas
allá si puede sus proezas,
ntre nosotros ya espiró su raza.
oro, el sosten de nuestras leyes,
bienes y honores le reemplaza:
a gratitud es del estado.

OCTAVIO.

Altamoro es mi yerno, y está el al
Deseosa del bien de Hermenegilda;
Mas no por esto al huérfano quitara
La dote paternal: ya en el Senado
Manifesté á esta ley mi repugnancia.

LUCIO.

¿ Vituperais acaso....

OCTAVIO.

No, mas nunca
De un injusto rigor puedo hacer gala
Solo al voto comun sé resignarme.

ALTAMORO, *con desden.*

Estos bienes, Señor, son de la pat
Yo tan endeble gracia no he buscado.

OCTAVIO.

No mas, no mas, Señor: vamos con
A celebrar la union que deseamos;
Y engalánela el triunfo con las palmas
Que procure Amurat á vuestro brazo.
Rival vuestro, ese Moro deseaba
Mi yerno ser, y ahora vuestro pecho
Una su enojo con el de la patria.

parémonos pues, amigos mios:
ya no puedo por mi edad cansada
tender el honor de conduciros;
Altamoro que mi ardor reemplaza
hijo mio ya, y su noble esfuerzo
ıará vuestra honrosa confianza.
os seguiré en la lid, y aunque de lejos
vuestros lauros se gozará el alma.

LUCIO.

iempre nos guiais vos: hoy esperamos
frente coronar de nobles palmas,
e vuestra virtud morir honrados
crecer quizás alguna fama. (*Vanse.*)

ESCENA II.

OCTAVIO y ALTAMORO.

OCTAVIO.

ltamoro, ya en fin soy vuestro padre:
s mi hijo sois vos? desarraigada
ís en fin la enemistad antigua?

ALTAMORO.

nor del estado, que me inflama,

Todo lo vence en mí; por él os amo
Y este himeneo á su salud nos ata.
Mas nunca se formaran estos nudos,
Si á pesar del rencor no os estimara.
Quizás tambien la inclinacion me impele
Pero jamás union tan necesaria
Podrá ser fruto de un capricho vano
Que á veces tras su fuego el odio arrastra.
Mi alma, acostumbrada á los combates
De un suspiro de amor se desdeñara;
Y si un vínculo tal hoy nos sujeta,
Lo dicta á la razon mas noble causa.
Complaceros, Señor; unir la fuerza,
Que desunida nos perjudicara;
Dar á la patria su esplendor primero:
Motivos son de mas noble importancia
Que el amoroso fuego que tan solo
Nacer de ellos podrá: cuando nos llama
La salud del estado á la pelea,
A su imperiosa voz el amor calla.

OCTAVIO.

Bien le sienta al guerrero la fiereza,
Mas solo sienta bien en las batallas:
Un modesto candor orna al soldado,
Da precio á su virtud y mas la esmalta.

espero que mi hija con dulzura
ɔrá ablandar austeridad tan rara.
os de nuestras tristes disensiones,
:a evitar nuestra querella infausta
: llevada á Byzancio do su madre
nta dirigió su tierna infancia.
aquella corte á las costumbres suaves
sde su nacimiento acostumbrada,
l recibiera la aspereza vuestra
le orgullo quizás la reputara:
donad á mi amor estos consejos.

ALTAMORO.

Antes vos perdonadme aquesta audacia.
ado en la dureza de los campos,
sé del cortesano la elegancia;
s bien sé lo que debe al nacimiento
. la beldad una alma delicada.
sabré merecer á vuestra hija,
stimándome en ella sabré amarla.

OCTAVIO.

ıquí por órden mia se presenta.

ESCENA III.

OCTAVIO, ALTAMORO y HERMENEG

OCTAVIO.

Hoy tu padre, los cielos y la patria
Un noble esposo dan á tu cariño:
Nacen de nudo tal mil esperanzas.
Hóy por mi labio este guerrero ilustre
De tu amor ha obtenido la palabra.
Ya su valor conoces y su estirpe,
Y sabes que es el gefe de las armas:
El Senado le otorga para dote
De Armando las riquezas usurpadas.

HERMENEGILDA, *aparte.*

¡De Armando!...

OCTAVIO.

En este enlace, la fort
Es á mis ojos la menor ventaja.

ALTAMORO.

A mi noble deseo, á mi grandeza,
Que vos me recibais, Señor, les basta:
Y pueda vuestra hija consentirlo

ı la secreta inclinacion del alma.

HERMENEGILDA.

'adre mio, bien sé que vuestro afecto
npre ha tomado parte en mis desgracias;
que quereis mi bien, y veo ahora
me teneis á un héroe destinada;
ozco las resultas ventajosas
debe producir tal alianza:
, sorprendida ahora á tal propuesta,
noro querrá que reclinada
l seno de un padre reconozca
dmiracion que mis sentidos pasma.

ALTAMORO.

te, señora, es un deber sagrado
vuestros sentimientos mas ensalza:
uelo en tanto á unirme á mis guerreros
erecer el don que se prepara.
ro que el laurel de la victoria
uestra dulce union ornará el ára. (*Vase.*)

ESCENA IV.

OCTAVIO y HERMENEGILDA.

OCTAVIO.

Pareces, hija mia, sorprendida.
¿Porque los ojos tristes de mí apartas?
Tus profundos suspiros me demuestran
Que el corazon desmiente tus palabras.

HERMENEGILDA.

No os negaré, señor, que el alma mia
Tal fin á sus pesares no esperaba,
Ni que despues de tales disensiones,
Mi mano los partidos enlazara
Dada á vuestro contrario en recompensa.
La memoria de mí jamás aparta
El recuerdo fatal de aquellas guerras
Que os desterraron de la dulce patria,
Y condujeron la familia vuestra
A buscar un asilo en tierra estraña.
Largo tiempo sufrímos los pesares
Y bien se cebó en mí la suerte infausta;
Pues con la muerte de mi triste madre
Sola quedé y de vos desamparada.

il caña que bate la tormenta,
rfandad aprendí: y si restaurada
vuestra fortuna y vuestra gloria;
iracusa, en fin, menos tirana
levuelve el honor y las riquezas;
ra vez vuelvo á la paterna casa;
onfieso, señor, que al gusto ageno
pronto no creí ser inmolada,
ie aquel que causó tan erudos males
carro, eual víetima, me atara:
es el mas funesto de mis dias.

OCTAVIO.

espero que sea el fin de tus desgraeias.
e mi amor conoces la ternura;
ís padeció un dia aquí tu fama
do Amurat osó pedir tu mano:
pues, aquella mengua se rescata
lote á un héroe, su mayor contrario,
fe superior que á todos manda,
apoyo á mis caducos dias.

HERMENEGILDA.

ue apoyo aquel que su fortuna labra
ijando al ausente desvalido!
inca tal fortuna eodieiara.

OCTAVIO.

Del Senado, es verdad, la ley severa
Castigar quiere una estranjera raza
Que abusó del poder: Armando tiene
Mil contrarios aquí.

HERMENEGILDA.

Yo imaginaba
Que era grande su fama y su partido.

OCTAVIO.

Con justicia admiramos sus hazañas;
Su valor sujetó la Iliria toda:
Mas sirve al Griego, y este error le basta.
El Senado por siempre le destierra.

HERMENEGILDA.

¡ Por siempre! Oh Dios! Armando!
(Aparte.)

OCTAVIO.

Cuando estabas
En Byzancio pudiste conocerle,
Y sabrás que ya entonces nos odiaba.

HERMENEGILDA.

No lo puedo creer. La madre mia
Que fuera nuestro apoyo confiaba;

uando en Siracusa los ingratos
Altamoro contra vos lidiaban,
ndo honores y bienes os quitaron,
uriera, señor, por vuestra causa:
ca he sabido mas.

OCTAVIO.

Tu pecho ahora
colmar de un padre la esperanza:
s los tiempos son y los deberes.
ndo y Amurat y los monarcas
imperan en Byzancio son objetos
este pueblo aborrece: aunque ingrata,
pre serví la patria con esmero;
l tu padre, tú debes amarla.
ego al fin de mi penosa vida,
tu obediencia hará menos amarga;
ya correrá mas venturosa,
alma saldrá mas consolada.

HERMENEGILDA.

nca me hableis, señor, de la ventura:
ra estaros siempre resignada,
reedme, señor, no tan aprisa
ntais de Altamoro la demanda.
leroso ahora, mas ¿quien sabe...

Ya conoceis del pueblo la inconstancia :
Quizás con harta prisa ese guerrero
Mi dueño y vuestro yerno se declara.

OCTAVIO , *con enojo.*

¿ Qué dices ?

HERMENEGILDA.

Bien conozco que os ofend
Y que quizás con vos soy temeraria.
La muger que en la corte de los reyes
Está de mil halagos rodeada,
Ya sé que aquí sujeta y silenciosa
De unas leyes crueles es esclava :
Los Moros que os vencieron tantas veces
Infundieron rudeza á vuestras almas ;
Mas ¿ quien puede de un padre siempre ti
Arrebatarme la bondad innata ?

OCTAVIO , *airado.*

Tú , tú misma , cruel , que abusas de ell
Que me confundes y mis males causas.
La dilacion consiento , mas no esperes
Que jamás se quebrante mi palabra.
Bien me lo has dicho ya ; la suerte mia
Ha sido de venturas siempre escasa ;
Nunca una dicha coronó mis votos ;

lias fueron una atroz borrasca:
lá el himeneo que te espera
a apartar de tí mi estrella infausta! (*Vase.*)

HERMENEGILDA, *sola.*

nando! dulce bien!.. ¿Quien? yo que pueda
enemigo vil verme entregada?
con él dividiendo tus despojos,
ndo de la fe la ley sagrada.
l...

ESCENA V.

HERMENEGILDA y EMILIA.

HERMENEGILDA.

¡Oh ven á mi seno, dulce amiga!
. este seno que el dolor desgarra.
amoro mi padre me destina.

EMILIA.

do el dolor comprendo, toda el ansia
n vos ha de causar órden tan fiera.
estro corazon, sé la constancia
uestro pecho sin cesar sostiene,
males preveo que os preparan.
lo el Moro en la corte de los reyes

Vuestra mano al amante disputaba,
Supisteis resistir; ¿y como ahora
Tal fe por Altamoro se quebrara?
No, no será jamás.

HERMENEGILDA.

Ah! no lo dudes;
A mi amante persiguen y le ultrajan,
Que tal de la virtud es siempre el hado:
Mas esto solo mi terneza inflama.
Oye: Armando es aquí siempre adorado,
El pueblo le desea.

EMILIA.

Ya en su infancia
Desterrado salió; mas los amigos
De su padre infeliz en su inconstancia
El hijo abandonaron á su suerte:
Solo el pueblo lamenta su desgracia,
Y es sensible.

HERMENEGILDA.

Y mas justo en sus afectos.

EMILIA.

Sí; pero opreso está. Con mano airada
El Senado feroz todo lo aterra;

la víctima ilustre nadie habla ;
dos esas fieras amedrentan.

HERMENEGILDA , *con desden.*

, todo sin Armando lo avasallan.

EMILIA.

pudiese volver, si á sus amigos
toda su grandeza se mostrara ;
lejos de vos...

HERMENEGILDA.

¡ Oh Dios , valedme !
a , en tu honradez mi amor descansa :
rmando cerca está. Cuando le oprimen ,
do ya de perderle al fin se trata ,
ue sola , es deber no abandonarle
pecho oponer á la asechanza.
a Armando , recobre su grandeza ,
tiranos á sus plantas caigan.
esina está ya.

EMILIA.

¡ Piadosos Cielos !
sus ojos se hará tal alianza ?

HERMENEGILDA , *con fuerza.*

, nunca podrá ser : mas justo el hado ,

Quizás hará que aborten tales tramas,
Y que un solo señor tengamos todos.
Ven, sabrás mi intencion, mas te prepar
A arrostrar todo el riesgo de la empresa
El yugo es vil, mi mano le rechaza;
Por la persecucion enardecida,
No puedo obedecer órden tan baja
Ni olvidar mis sagrados juramentos.
Vuelve Armando por mí, mi amor le lla
¡Y yo pudiera infiel á mis promesas
Entregarme á otro dueño resignada!
No, no es este el deber de la grandeza;
El amor sostendrá esta débil alma
Y sabrá apresurar la feliz vuelta
Que es ahora mi única esperanza:
Grande es el riesgo, sé lo que aventuro;
Mas el riesgo de amor ¿que amante espan

FIN DEL ACTO PRIMERO.



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

HERMENEGILDA, Y EMILIA.

HERMENEGILDA, *precipitadamente.*

Donde azorada voy? tiemblo? que? acaso
iera yo sentir remordimientos?
ıordimientos? no, que son del crímen.
a es mi causa: á un infeliz defiendo,
anquila he de estar... ¡ Cielos, valedme!
lia, ¿se cumplieron mis preceptos?

EMILIA.

l esclavo partió con vuestro escrito.

HERMENEGILDA.

l lleva de mi vida los secretos;
su fe me asegura: ¡ oh cuantas veces
e la dicha del mas bajo medio!

Hijo de padres moros ese esclavo,
Del Musulman conoce el dialecto,
Y atravesó su campo y las montañas,
Y siempre supo prevenir los riesgos.
Por él sé que está Armando ya en Sicili
Quizás por él se mude el hado adverso.
Por un moro mañana antes del dia
Que esté en Mesina mi billete espero;
Pues comunicacion Griegos y Moros
A pesar de las guerras mantuvieron,
Que natura habla siempre á los mortal

EMILIA.

De tan difícil paso mucho temo.
Bien sé que el nombre grande y generos
Para nuestros tiranos tan funesto,
Este nombre que amor eternamente
Ha sabido grabar en vuestro pecho,
En la carta no está: le habeis callado,
Que ya basta que esté en el pensamiento
Bien me digo que aunque sorprendido
Este escrito, será siempre un misterio;
Bien sé que nunca amor fue tan osado,
Ni jamás tan prudente al mismo tiempo:
Mas no sé por que causa mis temores
A pesar mio reprimir no puedo.

HERMENEGILDA.

rmando vuelve, ¿y quieres que recele?
ves que en esto me protege el Cielo?

EMILIA.

ı! pueda su bondad en otros climas
lia reunir tan nobles pechos!
e apoyo puede aquí tener Armando?

HERMENEGILDA.

ı gloria: venga y será al punto dueño:
ıéroe perseguido á todos mueve;
ı se anima á su brillante aspecto.

EMILIA.

emible es su rival.

HERMENEGILDA.

Cesa en tu espanto,
no puede á mi alma infundir miedo.
a que Armando es mio; que mi madre
ió su mano en el postrer aliento;
nada, nada puede ya en la tierra
rantar tan augusto juramento.
de mí! con cual pena nuestras almas
tierra funesta echaban menos!
ıo desde la corte de los reyes

La miraba el amor con ojo inquieto!
¿Quien dijera que en ella me esperaba
Para esposo el tirano de mi dueño,
Y que fueran mi dote los despojos
Que le usurpara este Senado fiero?
Sepa al menos Armando esta injusticia,
Conozca mi suplicio y su tormento,
Venga él mismo á vengar este atentado
Que mas no hago yo porque no puedo.
Amo, respeto un padre virtuoso;
Mas si estuviera en mí, todo este pueblo
Sola contra Altamoro levantara,
Y rompiera el dogal que nos ha puesto.
Su proceder indigno es de la honra:
Codicioso, cruel, el vulgo ciego
Con prestigios de honor tiene engañado
Fingiendo defender su antiguo fuero;
Mi afrenta ordena, y la tolera el padre
¿Y yo lo he de sufrir? y lo consiento?
¿Aquí dicen que se odian los tiranos?
No, que nunca tendrán yugo tan fiero
Cual el que hollando de natura el órden
En un dia trocar quiere el afecto
En odio, los amores sujetando.
No, nunca podrá ser, ya lo he resuelt

EMILIA.

'areciais temer.

HERMENEGILDA.

No mas temores.

EMILIA.

ıtra Armando aseguran que un decreto
ıando está ya, y que á dura muerte
e le infrinja debe estar sujeto.

ERMENEGILDA, *con resolucion.*

lo sé : mas ¿quien teme enamorada?
es cobarde amor si es verdadero.
que adoro á un héroe valeroso:
ıerlo tambien.

EMILIA.

Este severo
:o contra vos nunca sirviera :
rece dictado al débil pueblo.

HERMENEGILDA.

n digna es esta ley de estos tiranos!
Armando es dictada, y la aborrezco.
an negras leyes nos dictaron
tres Franceses sus abuelos.

Guerreros generosos, conquistaban
La tierra y voluntad á un mismo tiempo;
Todos amaban su franqueza noble;
Todos temblaban á su airado aspecto;
Jamás á las sospechas dieron presa;
Solo á los enemigos ofendieron,
Y el pueblo amante de sus dulces leyes
Por ellas combatia y por sus fueros:
Así al Moro y los Griegos derrotaron.
Hoy un Senado de sospechas lleno,
Siempre desconfiado y tenebroso
Agitarse verás entre sí mesmo.
No sé si mi pasion el juicio ciega,
Mas cuanto no es Armando yo detesto.
El mundo solo en él para mi existe,
El solo vence todos mis recelos,
Y los viles contrarios que le ultrajan
Todo el furor escitan de mi pecho.

ESCENA II.

DICHAS, OCTAVIO Y CABALLEROS, *al*

OCTAVIO, *adelantándose.*

Caballeros... ¡valedme Dios augusto!

ellevar tal deshonor no puedo :
aos... salid. *(A Hermenegilda.)*

HERMENEGILDA , *asustada.*

¿Vos, padre mio?

OCTAVIO , *indignado.*

'u padre yo? ¿Nombre tan lisonjero
:s pronunciar tú , cuando te hallo
atria y tu familia desmintiendo?

HERMENEGILDA , *yéndose.*

rdida estoy.

OCTAVIO.

Detente desgraciada.
narto cara víctima! ¿qué has hecho?

HERMENEGILDA.

estro infortunio.

OCTAVIO.

Al menos ese llanto
que es de tu crimen el efecto.

HERMENEGILDA.

nca le cometí.

OCTAVIO , *airado.*

¿Podrás osada

A mis ojos negar tu propio sello?

HERMENEGILDA.

No.

OCTAVIO.

El delito escribió tu inicua mano:
Todo sirve á probar crímen tan fiero.
Hija!.. ¿será verdad? no me respondes?
Déjame en mi dolor dudar al menos.
Harto he vivido ya... ¿qué has hecho? dí

HERMENEGILDA, *recobrando su firme*

Yo? mi deber. ¿Hicisteis vos el vuestro

OCTAVIO.

Cesa, cesa, cruel: tan criminosa,
¿Celebrar puedes tu delito horrendo?
Huye, huye de mí: mas leal mano
Sabrá cerrar mis ojos.

HERMENEGILDA, *yéndose casi desmaya*

Yo fallezco.

ESCENA III.

OCTAVIO Y CABALLEROS.

OCTAVIO.

ompañeros, despues de tal afrenta,
ıdo el delito tan patente veo,
ulpeis los sollozos de un anciano,
o alivio en su dolor acerbo.
o soy del estado; mas soy padre:
raleza sofocar no puedo,
querréis de mí que á vuestros votos
mi débil voz contra este exeso
uede Hermenegilda ser absuelta;
que sea mi mano el instrumento
i propia deshonra y de mi muerte,
igiréis de mí tan crudo esfuerzo
en mi terneza no pudiera.

LUCIO.

un padre venerable conocemos
leba ser la pena en tal conflicto;
stá el vil escrito en poder vuestro.
ıpo de Amarat iba el esclavo,
astigo ha visto el Sarraceno:

Todo esta negra trama patentiza.
Perecia el estado, y no debemos
En tan funesto lance estar dudosos.
La ley desoye el paternal lamento
Cuando ultrajada está tan torpemente.
Habla el estado, y basta.

OCTAVIO.

Ya os entie
Sé lo que reservais á esta culpada,
Mas es hija, y aquí su esposo veo.
Cedo al dolor... ¡Ojalá por él muera
Antes que contemplar su fin sangriento
(V

ESCENA IV.

LOS CABALLEROS.

CATULIO.

Ya está de su prision puesto el mand
Duro es sin duda ver tan lindo aspecto.
La juventud, las gracias, la nobleza,
La esperanza final de un padre tierno
A la tumba caer desde el cadalso.

í lo manda la ley del himeneo ;
l á la religion de nuestros padres ,
l desagravio á la virtud debemos.
ue crímen puede ser mas execrable ?
infiel llamaba al Moro á nuestro seno.
se han visto en la Grecia y en Sicilia
ras mugeres dar el torpe ejemplo
abandonar la ley de los cristianos
Coran abrazando los preceptos :
s la hija de un grande respetado ,
esposa destinada á tal guerrero ,
ora ser de tan fatal perfidia...
nosotros exige un escarmiento
e para siempre de tan gran vileza
da libre dejar el patrio suelo.

LUCIO.

usta es su muerte , con rubor lo digo :
alta cuna mas torpe es un exeso.
uien la ambicion del Moro ignorar puede ?
uien no sabe su amor y sus proyectos ,
seductoras artes , sus intrigas ,
le sus negros planes lo perverso ?
le el torpe escrito dirigido :
einad en estos muros , » tal acento
la á la compasion dejar no puede.

Altamoro, por vos suprimo el resto,
Respeto vuestro honor; mas en tal lanc
¿Cual será el defensor? ¿Que caballero
Querrá apoyado en la costumbre antigu
Desnudar por su causa el noble acero?
¿Quien espondrá su gloria en tal defensa

CATULIO.

Vuestra pena, Altamoro, bien compre
Mas con la sangre mora se compensa.
Rompe el crímen los lazos de himeneo;
La ley os venga, y vuestro honor no emp

ALTAMORO.

A tanta ingratitud absorto quedo:
Pero, culpada ó fiel, debió ser mia
Y es fuerza... ¿Mas á donde estos guerr
Ella es sin duda, que al lugar del crímen
Conducida va á ser: sufrir no puedo
Tal vergüenza á mis ojos; he de hablarla

ESCENA V.

ICHOS Y HERMENEGILDA, *en medio de la guardia.*

HERMENEGILDA.

ú que mi alma ves, ¡oh Dios eterno!
nimo sosten y mi constancia.
le mis votos sabes el objeto,
e mi corazon ves la inocencia.

CATULIO, *á Altamoro.*

Quereis hablarle aun?

ALTAMORO.

Oirla quiero.

CATULIO.

etirémonos pues; mas acordaos
la ley y el honor vengar debemos:
cusa una víctima reclama.

ALTAMORO.

sé cual vos, y tengo igual anhelo.
ados, despejad.

guardia se coloca á lo último del foro.)

ESCENA VI.

ALTAMORO y HERMENEGILDA

HERMENEGILDA.

¡Cual atentado!
¿Pretendeis insultarme en mi tormento

ALTAMORO.

No es capaz mi altivez de tal bajeza
No sé si por razon ó por deseo
Yo os habia escogido por esposa;
Mas indignado ahora el pecho siento,
Quizás porque recuerde su flaqueza
O porque el deshonor sufrir no puedo.
Pensar no quiero que me hayais vendid
A un enemigo vil, á un estranjero;
Y por vos, por la gloria y por la patria
Rechazo tan indigno pensamiento.
Siracusa ve en mí vuestro consorte,
Y yo en vuestra honra misma me respeto
Ofendida mi gloria aun podria
Por solo sostenerla defenderos:
La ley de los combates lo permite:
El juicio de Dios es nuestro fuero:

estro brazo decide la justicia.
blad : ¿ qué debo hacer?

HERMENEGILDA, *sorprendida.*

Vos?

ALTAMORO.

Sí; yo espero
e vuestro corazon reconocido
)a apreciar mi noble ofrecimiento.
quiero examinar si sorprendida
· un vil seductor, por un perverso,
estra alma pudo estar ciega un instante;
sé si repugnabais mi himeneo :
s sé que si teneis el pecho noble
dréis amar por agradecimiento,
quizás la virtud sea mas segura
ando precede á los remordimientos.
anquilo estoy sobre el honor de entrambos,
.s otros son ahora mis derechos.
r altivez ó amor de vos exijo
ie me mostreis mas tiernos sentimientos.
vez de una palabra siempre incierta,
vez de aventurar un juramento
ie á veces dicta al labio la violencia,
:vando al ara un corazon perverso;

Solo quiero de vos que sin rebozo
De mi amor elijais ó de mi ceño.
Hablad; defender puedo vuestra vida,
Mas á precio ha de ser de vuestro afecto

HERMENEGILDA.

En el abismo horrible en que me hallo
Apenas recobrado el pensamiento,
Lo que vos me decís al alma mia
Acaba de embotar el golpe fiero.
Yo debo responder á la franqueza
De vuestro inesperado ofrecimiento,
Y mostraros á riesgo de la vida
Mi lastimado corazon entero.
No á mi honor ni á mi patria infiel he sido
Menos á vos; pues recordaros debo
Que nada os prometí: y si soy ingrata,
Perjura no podréis llamarme al menos.
Nada espereis de mí, ni vuestro brazo
Admitir á tal costa yo consiento.
No ignoro que la ley de los tiranos
Es dura y me prepara un fin funesto.
Tampoco presumais que en tal conflicto
Quiera ostentar el orgulloso esfuerzo
De ver la muerte sin temblor ni espanto:
Siento dejar la vida, la deseo,

o mi suerte y la afliccion de un padre;
á pesar de mi dolor, prefiero
engañaros jamás: no puedo amaros.
culpable sin duda ora os parezco:
si capaz yo fuese de un engaño,
rzarme pudiese á complaceros,
tro de mí mas rea me juzgara,
nida por vos en menosprecio.
onadme, señor, si no os admito
or esposo, ni por caballero.
ronuncié: vengaos de esta ofensa.

ALTAMORO, *con desden.*

lo á la patria la venganza ofrezco.
esistir, señora, á los audaces
idaré sin duda un vil desprecio.
razo vuestro amparo procuraba,
yo con vos pagado me contemplo.
gro juez, á su deber atado,
severa ley siempre sujeto,
isible como ella, estoy tranquilo
rencor ni pesadumbre siento. *(Vase.)*

ESCENA VII.

HERMENEGILDA, GUARDIAS *al fondo, y* EMILIA.

HERMENEGILDA.

Ya condenada estoy... yo lo he querido
¡Oh tú, á quien solo mi constancia ofrezco
Tú, por quien el vivir me fuera grato:
Por tí la ley me juzga, por tí muero!
¡Mas acabar con tan horrible afrenta!
¡Imaginar de un padre los tormentos!
¡La infamia! los verdugos! las cadenas!
¡Y morir con la muerte del perverso!
Desmaya mi valor... el pecho cede...
Mas morir por Armando es mi consuelo.
¡Cual culpada morir! ¡La patria, el padre
Marchitan mi memoria y mi desvelo
Cuando su bien con ansia procuraba!
No mas me queda en tan fatal momento
Que mi sola conciencia y mi pureza.
¡Para Armando infeliz que golpe horrendo!
Emilia, dulce amiga, todavía

(Viéndola entrar.

echarme me dejan á tu seno

EMILIA.

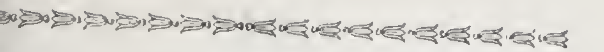
Porque morir primero no me es dado?
(Llorando.)

HERMENEGILDA.

n!.. ya se acercan esos monstruos fieros.
(Viendo acercarse la escolta.)

a tú un dia al héroe que idolatro
ltimo padecer, mi adios postrero.
ia, le dirás que fuí constante;
anto regará mi último encierro;
izás esta idea lisonjera,
mi amargo fin menos acerbo.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

ESCENA I.

NDO, TULIO, DOS ESCUDEROS, *con la lanza y escudo de Armando.*

ARMANDO.

Cual late por la patria un pecho honrado!
mo al volver á verla se enagena!
, valiente amigo de mi padre,
l protector has sido de mi vuelta.
n feliz soy! que dia tan propicio!
uerte cambia en fin: ¡ojalá pueda
elosa amistad dejar premiada!

TULIO.

, señor, ensalceis en tal manera
vulgares servicios y mi brio:
un soldado soy.

ARMANDO.

Esta nobleza,
En entrambos comun, nos hace hermanos

TULIO.

Un dia en el Oriente vuestras huellas
Procuraba seguir; vos nos mandabais,
Y de vuestros abuelos las proezas
Os he visto eclipsar; he procurado
Seguir de lejos vuestra gloria escelsa;
Estos mis timbres son: soy vuestro esclavo
Y serlo siempre el corazon desea.

ARMANDO.

Mi amigo debes ser. Estas murallas,
Sagradas siempre para mi terneza,
Yo quise defender; y unos tiranos
Las cierran á mi amor, me apartan de ella
Díme cual es de Hermenegilda el techo.

TULIO.

Ese palacio es su mansion paterna;
Allá veréis el tribunal sagrado
Que esta ciudad á su ambicion sujeta,
Que la defiende, y fuera aquí invencible
Si vuestro brazo por sosten tuviera.

stas sus armas son y sus divisas;
quí su orgullo insano las ostenta:
ıra que su valor sepan los siglos,
ıestro nombre tan solo falta en ellas.

ARMANDO.

Oculto debe estar, pues que le ultrajan:
ıizás en otros climas se celebra.
sotros colocad sobre estos muros

(A los escuderos.)

; borradas insignias: nunca sean
'sa de los rencores y partidos.
as oscuras armas, que presentan
ı solo del dolor la triste imágen,
ıl las suelo llevar en la pelea,
ı lanza, este escudo sin colores,
fausto y sin orgullo, aquí se vean.
solo conservad á mi deseo
mi angustiado pecho el dulce lema:
ımor y honor, nombres sagrados
en la lid mi valor siempre sustentan.
ndo á la plaza vengan estos gefes
diréis que un guerrero que desea
gnito quedar, viene á ofrecerles
ınza y su valor; y que no lleva

Mas ambicion que el imitar su esfuerzo.
¿Cual su caudillo es?

TULIO.

No ha mucho que era
El virtuoso y respetable Octavio.

ARMANDO.

¡Padre de Hermenegilda!

TULIO.

Mas la ciega
Ambicion del partido que domina,
Este honor le quitó. Le fue devuelta
La autoridad en fin; mas ya los años
Rinden de su virtud la fuerza estrema.
Altamoro en el mando le reemplaza.

ARMANDO.

Altamoro! el autor de mis tristezas!
Díme, ¿es verdad, amigo, que atrevido,
Seduciendo de un padre la flaqueza,
De Hermenegilda á pretender la mano
Ese vil enemigo aquí se atreva?

TULIO.

Pocos momentos ha que lo he sabido:
Retirado en aquella fortaleza

Donde mi amiga suerte os ha llevado,
No sé de estos inicuos las cautelas:
Os arrojaron de ellos, y este pecho
Siendo contrarios vuestros los detesta.

ARMANDO.

Yo solo, amigo, en tu amistad confio.
Hermenegilda corre, y haz que sepa
Que un caballero incógnito, que solo
Su sangre y su valor por ella emplea,
Que estima en mucho su familia augusta,
Pide que una entrevista le conceda.

TULIO.

En su mansion, señor, entrada tengo:
Allí vuestra memoria se respeta,
Y se acogen en ella los amigos
Que en vuestra estirpe augusta aun se conservan.
¡Ojalá que algun dia vuestra sangre
Juntarse á esta familia consiguiera!
En fin, sea cual fuere vuestro objeto,
Vos lo mandais y es grata la obediencia.

(Vase.)

ESCENA II.

ARMANDO.

Y dichosa será. Ya el justo Cielo,
Que á los pies de mi amante al fin me lleva
Ese Cielo que siempre es favorable
Al honor, á la fe pura y sincera;
Que me ha guiado entre las tiendas moras,
Sostiene mi fortuna en esta tierra.
Hermenegilda me ama, y su constancia
Asegura mi amor de toda afrenta.
Por ella sola desde el campo augusto
Y dejando de Iliria las grandezas,
Vuelvo á mi patria, á esta patria ingrata
Y que mi corazon siempre desea.
¿Pudiera ser que á mi presencia misma
La fe de Hermenegilda otro obtuviera?
¿Ella seria infiel á tal estremo?
¿Quien es ese Altamoro? ¿Que proezas
Le pueden animar á tal demanda,
A pedir tan insigne recompensa,
Que bastara á premiar el mayor lauro
Y que el amor piadoso me reserva?
Antes que pueda á mi pasion quitarla,

oda mi sangre es menester que vierta:
fuera poco conseguir mi muerte,
ues ni la tumba tal firmeza quiebra.
, me asegura amor, esposa mia,
o creas que de tí tu amante tema:
u corazon es á la par del mio
capaz de inconstancia y de bajeza.

ESCENA III.

ARMANDO y TULIO.

ARMANDO.

Oh mi dichoso amigo! Tú la has visto;
acabas de salir de su presencia.

TULIO.

Huid de estos lugares de amargura.

ARMANDO.

Qué dices? ¿ De qué nace tu tristeza?

TULIO.

Huid, digo, señor, de estas orillas
ude el horror y las maldades reinan:
mismo estar en ellas mas no quiero.

ARMANDO.

Como?

TULIO.

El valor escelso, esa entereza
A otros climas llevad, con vuestra gloria
Que en este vil recinto inútil fuera:
Solo hallaréis aquí negros delitos.

ARMANDO.

¡De cual pavor toda mi alma llenas!
¿Qué te ha dicho? ¿Qué hace Hermenegil

TULIO.

Olvidadla, señor: es harto rea.

ARMANDO.

Pues qué! ¿Altamoro triunfa? ¿Ese mal
Acaso ha seducido su inocencia?

TULIO.

Hoy mismo las antorchas de himeneo
Debieran alumbrar tan negra fiesta.

ARMANDO.

¡Y yo fuera testigo de tal crímen!

TULIO.

Los despojos de vuestra antigua herenci

bienes que os dejaron vuestros padres,
convenio fatal los dotes eran.

ARMANDO.

obardes! Esos bienes despreciables
quitarme su feroz torpeza;
o mi esposa! oh Dios! mi Hermenegilda!

TULIO.

Ah señor! Otro mal, mas grave pena,
a que el Cielo contra vos fulmina.

ARMANDO.

abla, habla cruel, ¿qué mas esperas?
a de agotar mi sangre toda.

TULIO.

a de tân negra union ardia la tea;
uestro vil contrario triunfaba;
ndo se ha descubierto que esta fiera
solo os olvidaba y os vendia,
que á entrambos con feroz cautela
acia traicion.

ARMANDO, *con mucha prisa.*

¿Por quien?

TULIO.

No puede

El labio articular accion tan negra:
Por el vil opresor de nuestra patria,
Por el torpe Amurat.

ARMANDO.

El labio sella.
¡Oh nombre para mi siempre funesto!
Pudo en Byzancio suspirar por ella,
Mas desechado fue: yo fuí elegido
Y es imposible que esto verdad sea:
Tal horror no cabria en aquella alma.
No lo creas amigo.

TULIO.

Aquesta nueva
Ya revelada está por todas partes.

ARMANDO.

Escucha: sé la envidia y su torpeza...
¿Y quien de su asechanza se guarece?
Proscrito, errante desde la edad tierna,
Criado en la desgracia y los pesares,
Yo que mi hechura soy, que con firmeza
De estados en estados he llevado
Mi espada, mi valor y mi miseria,
He sufrido la envidia y su veneno;
He visto siempre la calumnia horrenda

ar sus alientos infectados
los pueblos y mansiones regias.
io de sus viles asechanzas
a, como yo, tambien fue presa.
amigo : estos monstruos espantosos
e pueblo suspicaces reinan.
co los partidos y sus tramas,
s sin duda á Hermenegilda escelsa
even á ultrajar : sígueme, entremos ;
rdad de su boca es bien se sepa.

TULIO.

, Señor! esperad : sabed primero...
arrancado á la mansion paterna.
resa, señor.

ARMANDO.

¿Qué oigo?

TULIO.

Aquí mismo
suplicio su maldad espera.

ARMANDO.

menegilda!

TULIO.

¡Oh Dios! Si fue justicia

Muy odiosa será. De tal violencia
Todos lloran, señor; mas solo el llant
Es la espresion que su pesar demuestra

ARMANDO.

Hermenegilda! Oh Dios! tal sacrific
No puede ser que consumado sea.

TULIO.

El pueblo al tribunal corre afanoso,
Llora su fin llamándola perversa:
Agitado, curioso y compasivo
Con cruel ansiedad su muerte espera,
Y en tanto por cebarse en su amargura
La funesta prision siempre rodea.
¡Estraño afan de la flaqueza humana
Que en sus propias miserias se deleita!
Alejaos, señor: estos lugares,
Este pórtico augusto, aquestas puertas,
De ese tropel confuso y turbulento
Prontamente sin duda estarán llenas.

ARMANDO.

¿Cual venerable anciano, adolorido,
Trémulo y pensativo aquí se acerca?
Sus secuaces imitan sus pesares.

TULIO.

Octavio, es el padre de la rea :
nto nos confirma su desgracia.

ARMANDO.

írate, y procura que no sepan
stoy en Siracusa.

ESCENA IV.

O, ARMANDO, TULIO Y ESCUDEROS,

en el fondo.

OCTAVIO.

¡ Oh Dios piadoso !
ıe la muerte tu bondad me niega ?

ARMANDO.

mitid, noble Octavio, que un guerrero
ontra el Moro su valor emplea,
ıno de todos los que buscan
élicos laureles de esta empresa,
discreto llegue á consolaros
lanto á mezclar al vuestro venga :
ıadme, señor.

OCTAVIO.

Vos sois el solo
Que mi dolor á consolar se atreva.
¡Todos huyen de mí! Pero vos mismo
Perdonadme el pesar que el alma os mu
¿A quien hablo señor?

ARMANDO, *muy agitado.*

A un estranjero
Que os estima, señor, y que os respeta,
Avergonzado, inquieto... que procura...
Que duda preguntaros... que quisiera...
¡Ah señor! Perdonad, soy desgraciado.
Perdonad que con vos osado sea:
Vuestra hija... ¿es verdad? ¡Será posible

OCTAVIO.

Una odiosa muerte aquí la espera:
Justo castigo que mi fin procura.

ARMANDO.

Es criminal?

OCTAVIO.

Y de su padre afrenta.

ARMANDO.

¿Vuestra hija, Señor?.... Yo imaginal

ue criado lejos de esta tierra,
ı gloriosa fama de su nombre,
i la virtud misma, pura, austera,
ara en el mundo, Hermenegilda
ntuario impenetrable fuera.
ulpable? ¡Oh dolor! oh dia horrendo!
de execracion!

OCTAVIO.

La mayor pena,
e hace mi fin mas vergonzoso,
rla en su delito, con fiereza,
infame traicion estar ufana;
esto no haber quien la defienda.
firmaron el feral decreto:
esar de la ley, que deja abierta
acada al valor en tales casos,
nite del sexo la defensa,
crosanta, á los valientes cara,
en toda la Europa se venera;
lhadada hija un caballero
uelva por su honor aquí no encuentra:
se atreve á defender su causa,
uiera un guerrero se presenta.

ARMANDO.

Ah! Se presentará... dudarlo es mengu
(*Estrechando la mano á Octavio con*
siasm

OCTAVIO.

¡Qué decís! que esperanza lisonjera!

ARMANDO.

Sí, se presentará: no por vuestra hija
Que nunca honra tan grande mereciera,
Mas por el sacro honor de su familia,
Por vos tan solo y vuestra gloria escelsa.

OCTAVIO.

Dais á mi débil pecho una esperanza:
¿Mas quien será que tal querella emprend
¿Quien nos defenderá cuando nos odian?
¿Quien será que entre todos nos proteja?
No lo puedo esperar ¿Quien.....

ARMANDO.

Yo: yo solo;
Y si piadoso el Cielo me sustenta,
Mas no pido, señor, que en el instante
Me permitais salir de aquesta tierra

nito, sin ver á Hermenegilda,
.a sola será mi recompensa.

OCTAVIO.

el Cielo, señor, quien os envia;
juereis consolar mi amarga pena:
enos al dejar la vida infausta
odrá ser ya tanta mi vergüenza.
porque os ocultais? En mi desgracia,
que no he de saber á quien yo deba
ratitud, tan nobles sentimientos?
en vos nos pregona la grandeza.
en debo ver en vos?

ARMANDO.

Solo deseo
n mí veais el que vuestra honra venga.

ESCENA V.

HOS, ALTAMORO Y CABALLEROS.

ALTAMORO, *á Octavio.*

stado, señor, está en peligro:
uien ha prevenido nuestra empresa
nente avisando al enemigo.

Amurat á estos muros ya se acerca
Y viene á provocarnos al combate :
Sale á su encuentro la venganza nuestra
Vos en tanto, señor, de estos lugares
Do tan negro espectáculo se estrena,
Alejad vuestra vista condolida,
Y no mas aflijais naturaleza.

OCTAVIO.

Sí, con vos al combate voy ansioso,
Unico bien que á mi esperanza resta.
Este noble guerrero, mis alientos
Piadoso sostendrá; y de está manera
Al menos por la patria habré espirado.
Y quizás borraré mi negra afrenta.

ALTAMORO.

Tan nobles sentimientos os ensalzän;
Llevad al Moro la venganza estrema;
Mas huid ante todo de este sitio
Do se prepara tan atroz sentencia.
Id, que ya llega la fatal escolta.

OCTAVIO.

¡Oh Dios de compasion!

ALTAMORO.

No vuestra pe

uerais nutrir con vista tan amarga :
a ley en estos sitios me encadena ,
obligándome á estar á mis deberes ,
partarme de aquí , cruel , me veda :
l deber es primero que el deseo ;
as vos que no teneis órden tan fiera ,
'orque aquí os deteneis ? ¿ Como os complace
ı sangre ver que la segur espera ?
artaos , señor.

ARMANDO.

No , padre mio ;
perad vuestra suerte con firmeza.

ALTAMORO.

¿ Quien sois vos que así hablais ?

ARMANDO.

Vuestro enemigo ,
otector de este anciano , y que á la prueba
rá ver que al estado su constancia
ıs que la vuestra provechosa sea.

ESCENA VI.

DICHOS, HERMENEGILDA Y GUARDIAS.

OCTAVIO.

Generoso estranjero, sostenedme:
¡Es mi hija!.. ocultadla á mi presencia.

ARMANDO.

¡Oh momento de horror!

HERMENEGILDA.

Tú que no igno
Cuanto en la tierra está, justicia eterna,
Tú sola ves el fondo de los pechos,
Y tú sola conmigo serás recta.
Los hombres infelices, seducidos
En sus débiles fallos siempre yerran.
Caballeros, que todos teneis parte
En el decreto atroz que me condena,
Nunca penseis que ahora amedrentada
Justificarme á vuestros ojos quiera:
Dios solo entre vosotros será justo.
Organos fieros de una ley horrenda,
Yo os ofendí: porque la aborrecia.

orque era ley de horror, quise romperla.
fendí un padre que forzó mis votos,
no quise á Altamoro estar sujeta.
stas mis culpas son; si son de muerte,
erid, que el golpe aguardo con firmeza;
as antes escuchad todos mis males:
ien va ante Dios, al hombre habla sin men-
[gua.
'os padre mio aquí? ¿Vos ser testigo?.....
'os que la procurais, mirar mi afrenta!
ıs ¡Cielo! oh Cielo!... él es... al lado suyo...
ios de inmensas bondades... (*Se desmaya.*)

ARMANDO, *aparte.*

(Mi presencia,
, mi sola presencia en tal instante
espanto y confusion su pecho llenan.
importa.) Ejecutores, deteneos:
ombre del honor yo la defensa
mo de esa beldad: su triste padre,
e á cruda muerte tal sentencia lleva,
brazo admite á la virtud jurado.
al valor que la justicia ceda:
os los fueros son del caballero.
la liza al honor abierta sea;
los jueces del campo se preparen,

Y el decreto ominoso se suspenda.
A tí, Altamoro altivo, á tí te reto;
Ven á morir ó á desgarrar mis venas;
Tus acciones no son sin nombradía;
Del mando es regular que digno seas:
Recoge pues, ya que eres caballero,
Del combate de honor la noble seña.
(*Arroja el guante.*

ALTAMORO.

Tan loca presuncion, tanta arrogancia
Quizás tal distincion no mereciera;
Mas la debo á mi fama, á mi honor solo
Y á este anciano que mi fe venera.
Tu llamamiento admito, y me complazco
En castigar tan singular demencia.
(*Manda recoger el guante.*
¿ Mas que grado es el tuyo? cual tu nombre
Este sencillo escudo no presenta
Muchas señales de adquiridas glorias.

ARMANDO.

Tal vez de la victoria las obtenga.
En cuanto al nombre mio, aquí le oculto,
Pero tú le sabras en tu hora estrema.
Salgamos.

ALTAMORO.

Abrid luego la estacada ,
ibre en este tiempo esté la rea.
uitan lus cadenas á Hermenegilda.)
otros , compañeros , preparaos ,
al concluir tan desigual querella
fuerza que volemos juntamente
alvar el estado : pasajera
un combate de honor es la memoria ;
var la patria es la mas digna empresa.

ARMANDO , *con ira.*

Ven : y esperad vosotros , que otra mano
rá al estado su salud primera.

(*Vanse todos.*)

ESCENA VII.

OCTAVIO y HERMENEGILDA.

HERMENEGILDA , *aparte.*

nfeliz ! ¿ Donde va ? Si le conocen
perdido.

OCTAVIO.

Hija mia!

HERMENEGILDA.

¡Oh grave pena!¡
Padre, ¿qué me quereis? ¡Me habeis juzga

OCTAVIO.

¡Oh Cielos! oh Señor! que en su defens
Suscitas una mano inesperada,
¿Perdonas su delito, ó su inocencia
Pretendes reparar? Lo que me envias
¿Es justicia ó perdon? El alma tiembla
Y confia á la par... mas tú ¿qué hiciste?
¿Como te he de mirar?

HERMENEGILDA.

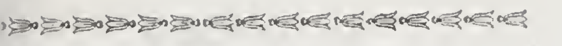
Cual hija tierna,
De la bondad de un padre siempre digna.
Todavía mi suerte está suspensa;
La segur todavía está á mi lado,
Y la losa fatal aun está abierta;
Mas no tembleis, señor, por la honra mia:
La veréis levantarse mas entera.
Pero si padre sois, ¿como á mis ojos
Piadoso no quitais la vista fiera

ste aparato, de esta plebe insana
en mi funesto padecer se ceba,
en estas tristes lágrimas se goza
onocer la causa hermosa de ellas.

OCTAVIO.

n, hija mia, ven; mis lentas manos
urar quizás podrán tus huellas:
á su defensor ¡ oh Dios! ampara,
n fin á esta mísera existencia.

FIN DEL ACTO TERCERO.



ACTO CUARTO.

ESCENA I.

ANDO, CABALLEROS Y ESCUDEROS.

(*Marcha triunfal.*)

LUCIO.

stro triunfo es, señor, grande y funesto:
un defensor pierde el estado,
os valiente y que á la patria sola
gró siempre la esforzada mano.
al menos que hoy el nombre vuestro
tra condicion todos sepamos.

ARMANDO.

. Altamoro al perecer lo supo:
ne pues en mi silencio amado;
os importan mi nombre y mi destino,
stra causa al fin sirve mi brazo?

LUCIO.

Incógnito quedad, ya que os agrada;
Pero vuestras virtudes demostradnos
Con proezas, señor, mas provechosas:
De nuestra religion sed el amparo;
Los pendones del Moro ya se acercan;
Y si hoy pereció por vuestra mano
El mas firme sosten de nuestras leyes,
Por vuestros nobles hechos remplazadlo.

ARMANDO.

Yo cumpliros sabré mi ofrecimiento,
Y sabré combatir vuestros contrarios.
Quizás ese Amurat que os amedrenta
Mas mi enemigo es que del estado,
Mas que vosotros le aborrece el alma,
Y estoy á rechazarle preparado.

CATULIO.

Mucho esperamos de tan grande esfue
Y esperad vos tambien que nunca en va
Habréis á Siracusa socorrido.

ARMANDO.

Nada de ella apetecen mis cuidados.
Este triste recinto ya no encierra

objeto á mi esperanza grato.
lo aquí mi sangre, si la muerte
prendiese oculto y desgraciado,
que no pretendo recompensa,
ia, ni piedad de mis quebrantos:
er cumpliré; me verá el Moro,
votos serán todos colmados.

LUCIO.

estará el estado satisfecho.
l pues vivamos preparados;
afan sea solo la victoria.
señor, tambien que los trabajos
onor partiréis de esta jornada,
stras aflicciones olvidaos;
ad solo que de sangre mora
ia espera que tiñais sus lauros.

ARMANDO.

lo merezca ó no, la vida mia
á su salud en holocausto.
(*Vanse, menos Armando y Tulio.*)

ESCENA II.

ARMANDO y TULIO.

TULIO.

No saben ellos cual atroz tormenta
Despedaza este pecho lastimado.
Pero á pesar de tan acerbos males,
Debeis á Hermenegilda presentaros
Y ofrecerla vos mismo los despojos
Que su triste existencia ha conservado.
¿No quereis respetar esta costumbre,
Y á práctica tan noble conformaros?...

ARMANDO.

¡Ah, no, Tulio! Jamás volver á ve

TULIO.

La vida habeis por ella prodigado,
¿Y verla no quereis?

ARMANDO.

¿Y lo merece?

TULIO.

Vuestro pecho su crímen ha irritado,

vos por este crímen combatiste.

ARMANDO.

, que no pudo el alma rehusarlo.
a veia morir y deshonrarse;
orazon no supo ser tirano.
sa, si solo por mi honor lo hiciera,
mo con tanto amor pude escusarlo?
sus dias salvé, mas no es posible
pueda perdonar su torpe engaño.
, viva la fiera, condenada
ber de su amante el fin amargo;
e este corazon que habrá perdido
ue tan sin piedad ha destrozado.
como el amor mio la adoraba!
no creer sus juramentos falsos!...
pensé poseer la fe mas pura,
altares creí menos sagrados
este pecho cruel que me ha vendido.

TULIO.

odo es pérfido aquí, todo es villano:
ey os desterró, os robó los bienes;
beldad y el amor os ultrajaron.
mas estas orillas habitemos;
estos fúnebres muros hoy salgamos,

Y dejadme correr vuestra fortuna.

ARMANDO, *sin escuchar á Tulio.*

No sé porque ilusion, por cual encanto
En su mismo delito encontrar creo
De su muerta virtud el fiel traslado.
¡Oh tú mi bien, que ya al sepulcro frio
Tan aprisa mis dias vas llevando;
Tú que mi suerte fijas para siempre,
Que la muerte me das que te he quitado;
¡Oh idolatrada rea! si pudieras
Engañar mis sentidos ofuscados.....
Oh! qué digo? infeliz!... la muerte sola
Podrá acabar mi padecer tirano:
Solo con ella olvidaré á esta ingrata...
Pues con muerte de honor al fin muramos

TULIO.

Mas recordad, señor, que menos rea
Vuestro amor mismo aquí la habia juzgado
La calumnia deciais y la envidia
El mundo están vendiendo á los malvados.

ARMANDO.

¡Ah no! ya no hay escusas, ni ilusiones;
El misterioso velo está rasgado.
Amurat adoraba sus hechizos;

precio de la paz pidió su mano,
inca tan audaz hubiera sido
estuvieran ambos concertados.
ano lo dudé, su padre mismo
rmó mi funesto sobresalto,
propia se acusa, y sobre todo
ien yo he visto su billete infausto.
ıad en estos muros, le decia,
en mi corazon estais reinando.»
puedo dudar.

TULIO.

Pues olvidadla,
ın recuerdo infame desdeñaos.

ARMANDO.

ı colmo de horror, la desdichada
se parecia de su engaño
á un héroe magnánimo se uniera.
ento á tal idea deshonrado!
es posible que este sexo débil
seducir al solo halago
árabes viles, que le tienen
esclavitud acostumbrado?
pueden del triunfo los prestigios!
con bajeza á sus tiranos,

Y nos venden por ellos á nosotros
Que la vida á sus pies depositamos.
Ah! tanta ingratitud bastar debiera
A borrar de esa pérfida el encanto!

ESCENA III.

DICHOS Y CABALLEROS.

CATULIO.

Señor, ya estámos prontos, ya es la ho
Ved que es precioso el tiempo.

ARMANDO.

Sí, partam
Harto en estos lugares he sufrido :
Ya con vosotros voy.

ESCENA IV.

DICHOS, HERMENEGILDA Y EMILIA

HERMENEGILDA, *arrodillándose.*

¡ Númen de amparo!
¡ Arbitro escelso del destino mio!
(*Armando la levanta sin mirarl*

La rodilla dejad que os bese el labio :
No me humillo, señor; mi infeliz padre
Viene á participar de mi arrebato.
Porque privarme de este rostro augusto?
Por quien será mi afan vituperado?
Mas decidme, señor, ¿porque no puedo
Todo mi corazon aquí mostraros?
Permitid que esplicar pueda mi gozo;
No la vista aparteis... no oso nombraros.
Os habré de ver siempre en estos sitios
De mis fieros verdugos rodeado?
Señor! estais confuso! El alma mia
Vuestra triste frialdad cubre de espanto.
No me escuchais? me huís? ¡Oh Dios inmenso!
Que funesta acogida es la que hallo?

ARMANDO.

Volved, señora... consolad á un padre.
Ocupan mi ambicion otros cuidados.
Ya con vos mis deberes he cumplido,
Y no tengo otro afan... ya estoy premiado.
Tal vez la gratitud es una carga
Que el corazon pudiera lastimaros;
Yo os la eximo... y podeis á vuestro gusto
Vuestra suerte fijar. ¡ Ojalá el hado

Os libre de mayores infortunios,
Que yo solo la muerte es lo que ansio!

ESCENA V.

HERMENEGILDA Y EMILIA:

HERMENEGILDA.

Sueño? ó salgo otra vez de mi sepulcro?
¿Es verdad que la vida he recobrado?
Vivo? respiro aun? ¡Oh dulce amiga!
Estos fieros acentos son un fallo
Que á muerte me condena mas amarga
Que la ley criminal de mis tiranos.

EMILIA.

Absorta está mi alma á tal sorpresa.

HERMENEGILDA.

¿Es Armando el que ahora aquí me ha hablado
¿Has visto esa frialdad tan humillante?
¿El ceño altivo, ese desprecio vano,
El horror que su amante le inspiraba?
¿Porque pues de la muerte me ha salvado?
Armando! ¡Oh mi señor! ¿Cual es mi crimen

EMILIA.

Anunciaba su frente los agravios,
.os desdenes sus labios afectaban;
Ias esconderle ví un funesto llanto.

HERMENEGILDA.

Me desecha, me ultraja, me renuncia.
Quien tal mudanza puede haber causado?
Qué quiere? cual delito me condena?
Porque razon? de quien?...porque está airado?
De quien puede en el mundo estar zeloso?
Despues del suyo hay otro amor acaso?
, la vida le debo y es mi gloria:
e envanece el decir que él es mi amparo:
sé que sin su triunfo pereciera;
s yo moria por él, si él me ha salvado.

EMILIA.

Quizás lo ignora: la pública fama
rastra sin querer. Aquel esclavo,
muerte, vuestra carta malograda,
urat, su valor y sus estragos,
amor que por vos siempre pregona,
torpe ofrecimiento de su mano,
do habla contra vos: hasta el silencio,
silencio noble, sobrehumano,

Silencio de virtud y de grandeza
Que de la muerte libertaba Armando.
¿Quien puede penetrar tan denso velo?
Quizás por la apariencia arrebatado...

HERMENEGILDA.

¡El juzgarme culpada!

EMILIA.

Es un amante:
Disculpad...

HERMENEGILDA, *recobrando su dignidad*

Nada puede disculparlo.
Si todo el universo seducido
Se empeñara en culpar á un desdichado,
El hombre generoso, el hombre recto
En su sola conciencia confiando,
Rechaza la opinion del universo
Y no cede su aprecio á un torpe engaño.
¡Solo por compasion me ha defendido!
Este oprobio cruel me ha anonadado.
Yo muriendo por él me consolaba,
Y él ultraja mi fe con tal agrabio.
Ah! nunca olvidaré tan negra afrenta!
En el alma ofendida está grabado
El beneficio inmenso que le debo,

s si viles engaños recelando
lo juzgarme infiel á su cariño,
su corazon mismo ha deshonrado,
iunca mas es digno de mi afecto :
e el oprobio mio es mas amargo.

EMILIA.

Mas tal vez no conoce...

HERMENEGILDA.

Le tocaba
er mi corazon y respetarlo.
bia presumir que era imposible
e pudiese romper tan noble lazo.
e pecho es tan grande como el suyo,
encible y leal como su brazo,
ipaz de sospechas afrentosas
ue nunca le hiciera tal agravio.
renuncio á mi amor, á esos mortales
ilaces, ó débiles, ó falsos,
bulentos, inquietos, recelosos,
ueriendo engañar siempre engañados:
iando olvido, y mi dolor profundo
él olvidará todo lo humano.

ESCENA VI.

DICHAS Y OCTAVIO.

OCTAVIO.

Llevadme, amigos, sin temer mis males
(*A los escuderos que le sostienen.*
Al combate guiad mis lentos pasos.
¿Mas donde podré hallar al héroe invicto
(*A Hermenegilda.*
Que tus aciagos dias ha salvado?
¿Quien es ese mortal tan generoso?

HERMENEGILDA.

Es uno que mi amor ha profanado;
(*Apoyada sobre Emilia medio vuelta de espaldas.*)
Uno que yo adoré, que el padre mio
Condenaba al mas triste desamparo;
Un héroe en estos sitios perseguido;
El triste objeto de mi escrito infausto;
De los hombres quizás el mas injusto,
Y la eterna ocasion de mis cuidados:
Ese es Armando en fin.

OCTAVIO.

Cielos! qué dices?

HERMENEGILDA.

que el dolor intenso arranca al labio.
olando os lo confieso.

OCTAVIO.

Armando! Es cierto?

HERMENEGILDA.

cual otro pudiera ser mi amparo?

OCTAVIO.

rmando que oprimió nuestra dureza?

HERMENEGILDA.

mismo.

OCTAVIO.

¡ Y ora lidia por salvarnos!
lo la sangre vierte por nosotros,
, bienes y honores le quitamos.
ueces infelices, que tan ciegos
lanza tenemos en las manos!
un falaz concepto nos engaña!
fácilmente nuestro juicio erramos!
ingratitud la nuestra, y que fiereza!

HERMENEGILDA.

No quiero con mi queja atormentaros :
Harto vuestra virtud os reconviene.
Resérvese tan solo para Armando.

OCTAVIO.

¿ Para tu defensor, por quien yo vivo,
Por quien solo tus dias se salvaron ?

HERMENEGILDA.

Sí, pero que los tiene envilecidos,
Y de injusto baldon los ha manchado.
Vos reparar debeis sus crueldades
Ya que me deshonró la injusta mano.
Armando conservó mis tristes dias ;
A vos toca, señor, justificarlos.

OCTAVIO.

Sí, sin duda lo haré.

HERMENEGILDA.

Yo os voy siguiendo

OCTAVIO.

Detente.

HERMENEGILDA.

No es posible ya escucharos.

al combate; ya la muerte he visto,
erá que en el honroso campo
da parecer tan horrorosa
me presentaba en el cadalso.
leis ya negaros á mis votos;
rtunio me alienta á rehusaros:
veces burleis mis esperanzas.

OCTAVIO.

paternos derechos se acabaron:
ellos abusé; mas, hija mia,
as de terror y sobresalto.
me de tu alma los estremos;
le en esta tierra no te es dado
lestia ultrajar del sexo tuyo
eyes hollar de tu recato.

HERMENEGILDA.

leyes duras! leyes detestables!
empre á mi intencion adversas hallo!
que ya sobre ellas hoy me elevo,
por fin que en este dia aciago
l corazon la ley escucho.
estas fieras leyes arrastraron
suerte infeliz á un vil sepulcro,
uiaban vuestras propias manos;

Vuestra hija llevada entre cadenas
A una plebe insolente presentaron;
¿Y no permitirán que en las batallas
Con su filial amor pueda ayudaros?
Sube este sexo débil al suplicio
¿Y no puede al combate acompañaros?
Rompe una injusta ley la dependencia.
No tembleis, no, señor: haber temblad
Debierais cuando á vuestros enemigos
Os pudisteis unir, cuando al halago
De su vileza torpe os entregasteis,
Siguiendo de Altamoro el negro bando.
Así vendisteis el mortal que solo
Pudo ser contra todos vuestro amparo;
Así vuestra dureza me obligaba
A resistir de un padre los mandatos.

OCTAVIO.

No mas, no mas, ¡oh hija desgracia
Que estás de mis ternezas abusando.
Sé que culpable soy, sé que yo mismo
A un eterno dolor me he condenado;
Mas respetarle debes, y si el pecho
De filial amor no está privado,
Deja que solo contra el Moro vaya
A procurar el fin de mis quebrantos.

› me oirá, yo te lo juro:
edme vosotros de sus pasos.
(*A los soldados.*)

ESCENA VII.

ERMENEGILDA Y EMILIA.

HERMENEGILDA.

n podrá detenerme? ¡Oh tú, que injusto
ıerable amor has ultrajado,
ida me diste por despecho,
pelear puesta á tu lado:
e sé librarte de los golpes
e contra tí una inicua mano;
e sé pagarte tus favores,
volverte que me has dado.
erás tambien terrible, altiva,
injusticias castigando
re tus brazos, y en la muerte
del baldon de mi odio insano.
a ese pecho empedernido
nordimiento emponzoñado,
e podré de ver que llores,
ue tu llanto ya es en vano.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

ESCENA I.

CABALLEROS, ESCUDEROS, SOLDA[DOS] *con trofeos.*

LUCIO, *con la espada en la ma[no].*

La pompa preparad de la victoria,
Corred al ara, y el favor divino
Sumisos celebrad. Es este dia
Al amparo de Dios solo debido.
El guia siempre nuestro débil brazo,
Nuestros golpes por él son conducidos:
Por él se han roto los inicuos hierros,
Que ufano preparaba el enemigo.
Sobre esos cuerpos viles, los trofeos
Sangrientos elevad, y agradecidos
Adornad los altares sacrosantos
Con los tesoros del alarbe impío.
Que la oprimida España, que la Siria,
La Italia dolorida y el Egipto

ndan como de esos opresores
a triunfa con cristiano brio.
orad la ventura del estado.
¿como ese guerrero, el héroe invicto
ien debemos el triunfante lauro,
nuestros caballeros no ha venido?
iso para él nuestra alegría
gloria comun no tiene hechizo?
eme que envidiemos sus proezas?
es zeloso un corazon indigno.
no pues huir puede Siracusa
ües de haberla con afan servido?
o tiempo, señor, á vuestro lado
guerrero ilustre ha combatido:
lnos pues cual es la causa estraña
le obliga á mostrarse tan esquivo.

CATULIO.

os lo diré, señor: cuando del Etna
rabe cerrabais los caminos,
de vos yo estaba en la ribera
le nos resistia el enemigo,
isto ese infeliz precipitarse
indo siempre el mas feroz peligro.
admiraba ver que no tuviese
n gefe cauto ese valor tranquilo,

Esa calma inmutable que le impone
La noble obligacion de su destino.
Un furor espantoso le agitaba;
Salian de su pecho hondos gemidos
Del nombre de Amurat acompañados;
Tal vez á Hermenegilda nombrar quiso
Sin poder acabar de pronunciarlo;
Y en medio de tan triste desvarío
De sus ojos brotaba un crudo llanto
Que regaba sus labios encendidos.
Corria tras la muerte, y siempre en vano,
Pues su furor le hacia mas invicto:
Todo cedia á su valor terrible,
Nada resistir pudo á tanto brio.
Volvíamos ya en pos de la victoria,
Pero él taciturno y pensativo
A Tulio llama, y con amargo llanto
Le abraza y con él parte al punto mismo.
«Es por siempre, nos dice: estos acentos
Indican que aquel héroe esclarecido,
Ese gran caballero, á Siracusa
Quiere siempre quedar desconocido.
En este instante mismo Hermenegilda,
Sin color en el rostro, y los sentidos
De dolor casi absortos y ofuscados,

resenta á mis ojos; y con gritos,
el furor y el pesar le sugerian,
ndo llama, y lidia por seguirlo.
adre adolorido la detiene
s dice entre lágrimas: « Oh amigos!
ndo es ese que la patria salva;
ue á Hermenegilda ha defendido;
smo que cual reo esta mañana
uestra duras leyes proscribímos... »
nadme, señor, si estoy confuso:
triste escena el pecho ha condolido;
cual ora ha ser el deber nuestro?

LUCIO.

o solo nos queda: arrepentirnos.
tir en la culpa es del malvado;
ez un hombre grande fue oprimido;
un sabio fallar injustamente:
a enmienda es del justo distintivo.

ESCENA II.

os, OCTAVIO y HERMENEGILDA,
con mugeres.

OCTAVIO, *presuroso.*

orred el valor desesperado,

A Armando libertad que está en peligro.
Por un ardiente zelo arrebatado
En medio se arrojó del enemigo,
Que furioso de verse hecho pedazos
Sus estremos recursos ha movido.
En vano pido fuerzas á mis brazos;
La cansada vejez absorbe el brio.
¡Oh vosotros, en quienes el arrojo
Al valor juvenil se encuentra unido!
Disipad el terror que me anonada,
A mi hija volved su amante invicto.

LUCIO, *sacando la espada.*

Basta, basta, señor; volemos todos:
Tan obstinado arrojo es ya escesivo.

ESCENA III.

OCTAVIO y HERMENEGILDA.

OCTAVIO.

Cielo, tú te apiadaste de mis penas
La hija devolviendo á mi cariño;
Tu inefable bondad tambien ahora
El héroe nos dará por quien vivimos.
Hija mia, renace á la esperanza:

le tus males la ocasion he sido ;
os repararé ; tu Armando vuelve ;
suela la afliccion de tus sentidos.

HERMENEGILDA.

onsolarme no puedo hasta que vea
vuelve Armando y que es justo conmigo ;
a que sepa yo que no me ultraja
e está de su error arrepentido.

OCTAVIO.

en conozco tu estado lastimoso :
e probó jamás tantos martirios.
: que hay para el alma heridas tales ,
dejan de su estrago eterno indício.
hija mia , sabe que tu Armando ,
aquí viste no ha mucho aborrecido ,
ahora de glorias y de honores
mor general es el hechizo.
oria sobre tí recaer debe ;
ntirás de su esplendor el brillo ;
lor ha querido demostrarnos
uestras injusticias lo escesivo :
os nobles pechos obran siempre ,
nunca al deber solo están ceñidos ;
: escede Armando en sus proezas ,

Y lo mismo su amor hará contigo.
Constante te verá, fiel á sus leyes,
Y caerá á tus pies enternecido:
Para desvanecer sus negras dudas
Basta un acento solo.

HERMENEGILDA.

¿Y aun no se ha dicl
¿Qué me importan los lauros de la plebe
Ni el ficticio favor de sus caprichos?
Solo en el hombre grande, en su concej
Se fija el esplendor del honor mio.
Sabed que vuestra hija desgraciada
La paz prefiere del sepulcro frio,
A vivir un momento temerosa
De haber su estimacion desmerecido:
Sabed en fin, ya que es llegado el tiemp
Y que puedo sin riesgo aquí decirlo,
Que yo en mi bienhechor amé á mi espos
Que mi madre en sus últimos suspiros
Recibió nuestros dulces juramentos,
Y de su amada mano nos bendijo.
Por su amor, por el vuestro nos juramos
Indisoluble fe, y nos prometímos
Ratificar un dia en vuestros brazos
La ley amada de tan fiel cariño.

de mí! que el cadalso y sus horrores
uestra triste union el ara ha sido.
rotector, mi esposo, en este instante
a la muerte; y yo entregada vivo
vergüenza y al dolor amargo.
es mi suerte.

OCTAVIO.

Ah! no; que yo confio
que en breve supere tus deseos.

HERMENEGILDA.

empre temiendo está un pecho afligido.

ESCENA IV.

DICHOS Y EMILIA.

EMILIA.

rticipad de la comun leticia;
d, pues le causais, de este prodigio.
ndo ha peleado, Armando solo
estos del alarbe ha destruido.
at, que ofendia vuestra fama,
terribles golpes ha caido,
n su muerte ileso vuestro nombre

Deja por siempre, y este estado invicto.
El pueblo, embriagado en su ventura,
Del héroe en derredor levanta el grito;
Su salvador le llama... habla de solio
Como de un premio á su virtud debido.
Solo Tulio ha seguido sus pisadas
Y de sus triunfos el milagro ha visto.
Ya cuando nuestras huestes le alcanzaron
No quedaba en el campo un enemigo.
Oid estos acentos de alegría:
Ved como se celebra su heroismo;
Venid á coronar con vuestra mano
Ese valor de vuestro amor tan digno;
Y recibir podréis al mismo tiempo
El homenaje á la virtud debido.
Harto habeis esperado esta ventura;
Ya propicio por fin luce el destino.

HERMENEGILDA.

Brilla al fin para mí la suerte amiga;
El corazon se entrega al regocijo.
¡ Oh padre ! del favor de un Dios inmenso
Dejad que el alma adore el beneficio.
¡Cuantos quebrantos su bondad disipa!
Mi vida empieza en este instante mismo;
Mi dicha es sin igual... bien la merezco..

por ella mis penas hoy olvido.
lonad de mis quejas la dureza
temores, mi llanto, mis gemidos:
esores de Armando, pueblo, jueces,
sus pies, que llega ya á los mios.

OCTAVIO.

í, por siempre se enjuga nuestro llanto;
Tulio llegar veo: él solo ha sido
Armando el compañero en este dia,
eto fraternal de su cariño.
ta es la dicha nuestra, ¿mas el paso
que tan lento mueve? está afligido?
ás de alguna herida maltratado...
ojos de la pena dan indicio.

ESCENA V.

DICHOS Y TULIO.

HERMENEGILDA.

ecid, Tulio, decidme: ¿triunfa Armando?

TULIO.

rande es señora su victoria.

HERMENEGILDA.

El grito

El cántico comun su vuelta indican.

TULIO.

Pronto tan solo oiréis tristes gemidos.

HERMENEGILDA, *con inquietud.*

¿Qué decís? proseguid... ¡Oh desdicha

TULIO.

El dia en que tal gloria ha conseguido
El último será de su existencia.

HERMENEGILDA, *aterrada.*

Ha muerto!!!

TULIO.

Todavía sus sentidos
Sostienen de su vida el triste resto.
De saeta mortal el pecho herido,
En el fúnebre lecho este billete
Con sangre de sus venas os ha escrito.
Yo os traigo sus postreros pensamientos,
Y estos serán mis últimos servicios.

OCTAVIO.

¡Oh dia de terror! dia execrable!

HERMENEGILDA.

Este fallo me dad... yo le recibo

-, Armando, cual órden soberana:
ual ella fuere, es de esterminio,
›bedeceré. Solo en la muerte
rnos podrá el sepulcro frio.

TULIO.

:d, señora, y moderad la pena.

HERMENEGILDA.

erán mis ojos tan sangrientos signos?
s podrán leer? Sí, sean estos
fuerzos estremos del martirio:
evivir no puedo á tus engaños;
en la lid: mas solo por tí espiro.
siera, cruel, por tu honra sola,
sola virtud haber vivido.»
, padre, decid.

OCTAVIO.

Ya está apurado
l horror del mas feroz destino.
.or no nos queda ni esperanza,
para nosotros un gemido.
tes de dejar esta morada,
le abandonar un mundo inicuo,
il voz al universo todo
r debe de tu honor el brillo,

Restaurar de tu fama el timbre hollado,
Y hacerla respetar entre los siglos.

HERMENEGILDA, *con desesperacion.*

¿Qué importa á mi dolor el universo,
Ni del mundo los vanos atractivos?
¡Muere Armando!

OCTAVIO.

¡Oh pesar! oh golpe

HERMENEGILDA, *inspirada.*

¡Armando muere, y muere seducido!
¡Mi deshonra le sigue en el sepulcro!
Ah! corramos: quizás el labio mio
Antes que este martirio nos reuna...
Mas ¿qué veo? ¡Oh furor! mis asesinos!

ESCENA VI.

DICHOS, CABALLEROS, ESCUDEROS, PUEBL
ARMANDO, *en andas.*

LUCIO.

¡Oh desdichado padre! Infeliz hija!
Llega ya á vuestros ojos condolidos
Ese guerrero ilustre, que en el campo

propia fortuna ha sucumbido.
escuchó un furor desenfrenado ;
er quiso, y grande ha perecido;
a sangre que vierte por la patria
ble fuente detener quisímos ;
arece que sola esta alma escelsa ,
de abandonar el cuerpo frio
sa de ver á Hermenegilda ,
rso natural ha detenido.
ces de sus labios moribundos
ste nombre envuelto entre suspiros :
an fiera arranca un crudo llanto ,
uedo librar el pecho mio
cozor de algun remordimiento.

HERMENEGILDA.

aros! no amenteis este suplicio.
(*Echándose á los pies de Armando.*)
mporta ahora vuestro llanto odioso?
i bien! oh mi amor! oh mi delirio!
lo! mi señor! mi dueño amado!
de tu consorte los gemidos?
me, señor ; mira á tu esposa
nir quiere á tu sepulcro mismo.
e aqueste pecho otro consuelo

Que en tu tumba feral ser acogido.
Sí, yo tu esposa soy, tú lo juraste,
Tú imitar no querrás mis enemigos.
Honra á tu esposa fiel de una mirada.
Ah! que este no será mi último alivio.
Díme, díme, señor, que no me odias;
Que mi fe no sospechas.

ARMANDO, *levantándose un poco.*

Me has vendido!!!

HERMENEGILDA.

Quien? yo? Armando! Oh mi Dios!

OCTAVIO.

Mi triste

(*Arrojándose á los pies de Armando*

De su funesto amor víctima ha sido.
De haberte sido fiel la castigamos;
Todos crueles sin saberlo fuímos;
Todos hemos errado; y ella sola,
Ella justa entre todos ha sufrido.
Ese fatal billete que nos pierde,
A tí fue solo por su amor escrito:
Yo te engañé; yo causo todo el daño
De funesta apariencia seducido.

ARMANDO.

n Hermenegilda! oh Dios! tú me querias!!!

HERMENEGILDA.

! yo mereceria mi suplicio
cadalso vil que has derribado,
biese mi terneza desmentido.
o creer pudiste tal injuria?
en en el universo tanto quiso?

ARMANDO, *levantándose.*

u me quieres? es cierto? ¡Oh dicha estre-
[ma!
ventura mayor que mis martirios!
dejar la vida en tal instante,
eo que la muerte he merecido.
eí la calumnia, yo debia
de mi fiereza tal castigo.
pierdo mis dias lastimosos,
ue con tu amor fueran propicios!

HERMENEGILDA.

Dios! Solo en la orilla de la tumba,
o le pierdo, es cuando hablar consigo.
ndo!

ARMANDO, *muy despacio.*

Tus sollozos me consuelan;
Mas al fin separarnos es preciso.
Va llegando mi muerte, oid Octavio:
Este el objeto fue de mi cariño,
Yo recibí su fe, sus juramentos
Que con viles sospechas he ofendido;
Juntad su mano trémula á mi mano,
Y baje al menos al sepulcro frio.
Llevando de su esposo el nombre amado;
Sed mi padre, señor.

OCTAVIO.

¡Oh hijo mio!

(*Juntando las manos de entrambo*

Vive, y sea tu esposa tu consuelo.

ARMANDO, *con voz flaca.*

Mi patria y mi consorte he defendido,
Por ella mi existencia he prodigado,
Y muero entre sus brazos, de ambas dign
Amado de ellas... ya nada deseo...
Ya mis votos están todos cumplidos.
¡Hermenegilda mia...

HERMENEGILDA.

¡Oh dulce esposo!

ARMANDO, *moribundo.*

ive, yo que me sigas te prohibo.

CATULIO.

a espira : de un guerrero tan ilustre
le las nobles prendas conocímos.
tros pechos...

HERMENEGILDA, *furiosa.*

¡ Oh monstruos detestables !
llorais, y sois sus asesinos !
castiguen las iras celestiales
justa patria y el Senado impío,
con leyes de espanto nos degüella
ndo la inocencia á su esterminio !
iracusa las cenizas frias
ia cubran el sepulcro mio,
estros cuerpos yertos desangrados
ojos sean del furor divino.
ndo ! Armando mio ! horribles fieras !
a muerto, y vosotros estais vivos !
e llama á la tumba deseada ;
noche insensible nos unimos ;
tí vengo ¡ oh mi amor ! yo os lego á todos
ro horror de tan atroz delito.

OCTAVIO.

¡Oh hija!

HERMENEGILDA , *con el mayor desórd*

¿Padre vos? Oh no! tirano!
Dé padre nunca el pecho habeis tenido.
Vos su cómplice sois... ¡ ah perdonadme!
Perdonad mi furor á mi delirio.
Yo os amo... Armando... sí... yo soy tu esp
Tú me llamas... ya vuelo ... ya te sigo.
(*Cae sobre Armando*

OCTAVIO.

¡Hija, hija!... la vida devolvedle
Antes que yo sucumba á mi martirio.

FIN.